

Ser llenos del Espíritu para una iglesia gloriosa

“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:37-39).

El Señor es un río de agua viva que quiere llenar todo tu ser. Si quieres recibirlo, solo tienes que abrirle tu corazón a Él, creer que Él es ese río maravilloso de agua viva, y decirle: “Señor, entra en mí, lléname por completo, estoy sediento de Ti. Te necesito”. Todos aquí queremos ser llenos de Él, y Él quiere llenarnos.

El deseo de Dios desde la creación

Llenar al hombre es el deseo del corazón de Dios desde antes de la fundación del mundo. Cuando Él creó al hombre, Su mayor deseo era que fuera lleno por completo de Él. Y no solo llenarlo sino que rebosara de Él, y lo expresara en la tierra.

Él lo creó a Su imagen y semejanza y lo puso delante del árbol de la vida, que representa a nuestro Señor Jesucristo, a Dios mismo. Y le dijo: “Come del árbol de la vida, llénate de él. Yo quiero llenarte por completo”. ¿No es esto maravilloso? Este es el propósito de Dios. Por eso estamos hoy aquí, para ser llenos. Y no solo ser llenos de Dios, sino rebosar de Él. ¡Esto es glorioso! Pero, por desgracia, el hombre, aún nos preguntamos por qué, teniendo el árbol de la vida delante de él, en vez de tomar de ese árbol, tomó del árbol del conocimiento del bien y del mal. El conocimiento, dice la Palabra, que envanece, no llena, no tiene sustancia, y el resultado de no comer del árbol de la vida es que el hombre se quedó vacío.

El hombre fue creado para ser lleno, pero como resultado de la desobediencia a Dios y del pecado el hombre se encontró vacío. El libro de Eclesiastés nos lo expresa de una manera muy clara y sencilla. Ese libro está muy relacionado con la creación del hombre y con el propósito de Dios. En el segundo versículo, Salomón, que era un hombre sabio, nos resume toda la historia de la humanidad en una sola frase: “*Vanidad de*

vanidades, todo es vanidad” (Ecl. 1:2). Todo es vanidad, todo es vacío. Vanidad significa que no tiene sustancia. El hombre creado para ser lleno de Dios, tras la caída, está vacío. Da igual lo que hagas, si no estás lleno de Dios, estás vacío. Este es el resumen de la vida humana.

Cristo, un hombre lleno del Espíritu, que expresaba la gloria de Dios

Pero el deseo de Dios por llenar al hombre que Él había creado era tan grande, que Su propósito no podía ser frustrado por esa caída. Por tanto, Él mismo vino a esta tierra y se encarnó para llenar al hombre. Ese hombre es Jesús. Cuando vemos a Jesucristo, vemos a un hombre lleno del Espíritu Santo, lleno desde Su mismo nacimiento. La Palabra nos dice que fue concebido por el Espíritu Santo (Luc. 1:35). Desde Su nacimiento estaba lleno del Espíritu Santo para cumplir el propósito eterno de Dios. Y estaba tan lleno, que aun la persona que lo contenía, María, también fue llena del Espíritu Santo. Recuerda cuando María fue a visitar a su pariente, Elisabet, y estaba tan llena del Espíritu, por causa de Jesús, que estaba en ella, que cuando saludó a Elisabet y le dijo: “Salve”, Elisabet fue también llena del Espíritu Santo (Luc. 1:41-42). ¿Te imaginas que vengo a visitarte y te digo: “Hola, hermano”, y en ese momento eres lleno del Espíritu Santo? Significa que estoy lleno del Espíritu. María no solo estaba llena sino que rebosaba del Espíritu Santo.

Cuando vemos a Jesús vemos a una persona que está llena, llena de gracia y realidad (Jn. 1:14). El Nuevo Testamento nos dice varias veces que Él estaba lleno del Espíritu Santo, y de tal manera, que todo lo que decía y hacía expresaba el Espíritu que había dentro de Él. Incluso cuando hablaba, Sus palabras, como Él mismo dijo, eran Espíritu y vida. No eran enseñanzas, porque de lo que Él estaba lleno era del Espíritu y de vida, y la vida rebosaba de Él en forma de palabras. Del mismo modo, Sus obras, y toda Su vida era un rebosar de vida y del Espíritu. En Cristo, vemos a una persona totalmente llena de Dios. Por eso, el Padre, hasta en dos ocasiones, dijo: “*Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia*” (Mt. 3:17; 17:5). El Padre estaba tan contento: “Por fin en esta tierra hay una persona que está llena de mí, llena del Espíritu, y expresa aquello de lo que está lleno”. Muchos nos sorprendemos de las enseñanzas del Señor, de lo que predicó: la moral más alta que jamás se haya escuchado sobre la tierra, Sus milagros y Sus obras. Todo esto nos sorprende, pero lo más

importante no eran Sus enseñanzas, Sus obras, Sus milagros, Su andar en esta tierra, Su comportamiento ejemplar, Su compasión, etc., lo más importante es que estaba lleno del Espíritu Santo y por dondequiera que iba, iba derramando ese Espíritu. Esto es maravilloso, pero lo que es aún más maravilloso es que Él no quería que esto sucediera sólo en Él, sino que fluyera y fuera derramado en más personas. Por eso, en Juan 7 dice: *“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”*. Él que quería que ese Espíritu fluyera como un río de agua a todas las personas, a toda la humanidad. Y después dice: *“De su interior correrán ríos de agua viva”*, y: *“Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado”*. Por eso, Él no se quedó en esta tierra, sino que fue a la cruz, y al ser crucificado, la cáscara que lo rodeaba, fue rota (como el grano de trigo que cae a tierra y muere), y de Él brotó sangre y agua. Debido a la caída del hombre, la humanidad necesitaba la sangre para ser redimida, pero, además, fluyó el agua de vida que estaba en Él para llenarnos. A través de Su muerte, y posteriormente, de Su resurrección, Él llegó a ser el Espíritu que da la vida (1 Co. 15:45). Ahora, no solo Él podía contener a Dios y el Espíritu, sino que ese Espíritu podía fluir a la humanidad, a nosotros, a los que tenemos sed de Él, para que todos lo pudiéramos recibir. El propósito de Dios no era que solo un hombre maravilloso, Jesús, tuviera la plenitud de Dios sobre esta tierra, sino que todos nosotros pudiéramos disfrutar de esa plenitud, y ser llenos del Espíritu Santo. Esto es un hecho magnífico.

Los primeros discípulos estaban llenos del Espíritu

Por eso, cuando Él resucitó vino a Sus discípulos y, qué creéis que les dijo: *“¿Os acordáis de las palabras del sermón del monte y de todas mis enseñanzas?”*. ¡No! Él sopló. Sopló en ellos aliento de vida, y les dijo: *“Recibid el Espíritu Santo”* (Jn. 20:22). ¿Y qué hicieron los discípulos? Respirar ese aliento. Por primera vez en la historia de la humanidad, el hombre podía recibir el Espíritu Santo de esta maravillosa persona, crucificada, resucitada y glorificada dentro de su interior y ser llena del Espíritu Santo. ¡Esto es maravilloso! Es un hito en la humanidad, no hay nada más grande. ¡Gloria al Señor!

Pero este no es el fin. El Señor no solo quería llenarlos sino que lo que habían recibido también rebosara y se derramara a otros a través de ellos. Así que, unos días más tarde, estos hermanos nuestros se encontraban reunidos en un aposento alto, orando, exteriormente algo temerosos, pero

interiormente llenos del Espíritu, y esta vez el Espíritu vino, pero no como un soplo suave sino como un viento recio, como un “huracán”, que llenó toda la casa, y no solo los llenó, sino que rebosaron del Espíritu (Hch. 2:4).

Una vez más vemos que el Señor no solo quiere llenarnos, sino que rebosemos del Espíritu. Él, como un río de agua viva, quiere fluir en nosotros. ¡Aleluya! El resultado fue que salieron a la calle y estaban tan llenos que las palabras que hablaron fueron también Espíritu y vida, igual que el Señor. El Espíritu hablaba a través de ellos con tanta fuerza y rebosaba de ellos de tal manera, que con muy pocas palabras, las personas fueron salvas. Siempre he pensado que lo que dijo Pedro aquel día no fue para tanto. Cualquiera de nosotros, preparándonos un poco podríamos hacerlo incluso mejor. Pero este no es el tema. Yo puedo hablar aquí una hora, y no pasa nada, pero Pedro habló cinco minutos y de repente, todos se arrepintieron, y todos fueron también llenos del Espíritu. ¿Qué pasó? Que el Espíritu rebosaba de ellos. Fue el Espíritu mismo el que penetró en sus corazones y el que provocó el arrepentimiento en esas personas. Pedro y el resto de los discípulos no tuvieron que prepararse mucho. No dijeron: “Vamos a hacer un bosquejo de las enseñanzas del Señor y cuando salgamos ahí afuera vamos a hablarles de lo que nos enseñó, vamos a contarles Sus milagros...”. No es una cuestión de enseñanzas ni doctrinas. Ni las enseñanzas ni las doctrinas sirven de mucho en nuestro andar diario, sino ser llenos del Espíritu, el rebosar del Espíritu, el derramamiento del Espíritu, que el Espíritu se exprese a través nuestra.

En el libro de los Hechos, a menudo, se nos dice que los discípulos estaban llenos del Espíritu. Para ellos, estar llenos del Espíritu era normal, incluso rebosaba de ellos. Cualquiera cosa que hacían, lo hacían llenos del Espíritu, incluso si había alguna necesidad, por ejemplo, unas hermanas que eran viudas y necesitaban que los hermanos les repartieran comida. Para esto pensaron en escoger a siete hermanos. ¿Quién escogerías tú para repartir la comida? Seguramente los que mejor pudieran organizar, los más capacitados, los más dotados, los más rápidos. Pero la Palabra dice que escogieron a siete hermanos que estaban llenos del Espíritu Santo (Hch. 6:3). En cualquier cosa que hacían nuestros queridos hermanos, no como hoy en día, que siempre buscamos a los más capacitados, ellos buscaban a los que estaban más llenos del Espíritu Santo.

También cuando fueron a la casa de Cornelio. Quizás podemos pensar que Pedro se preparó un mensaje sobre las enseñanzas del Señor, pero el Espíritu no estaba dispuesto a enseñanzas, y automáticamente, cuando Pedro comenzó a hablar, el Espíritu se derramó sobre ellos. Algunos le

preguntaron después a Pedro: “Pedro, por qué fuiste allí e hiciste aquello”, y Pedro les dijo: “¿Qué podía hacer si el Espíritu se derramó sobre ellos?”. Cuando estamos llenos del Espíritu y fluye de nosotros, y se derrama sobre los que están a nuestro alrededor, nada podemos hacer. Solo decir: “¡Gloria al Señor, gracias, Señor!”.

Pablo también experimentó esto desde que él se convirtió. Siempre hablamos de Pablo respecto a la gran visión que vio, pero cuando el Señor llamó a Ananías para que fuese a ver a Pablo, le dijo algo muy sencillo: “Ve para que recobre la vista y sea lleno del Espíritu Santo” (Hch. 9:17). Ananías no le dijo a Pablo: “Te tengo que dar un curso intensivo de todo lo que hemos aprendido y experimentado en el cristianismo”. Ananías le dijo: “Recibe la vista y se lleno del Espíritu Santo”, y fue lleno del Espíritu Santo. Para nuestros hermanos en estos primeros tiempos lo normal era ser lleno del Espíritu Santo. Nosotros lo vemos como algo especial, pero para ellos era normal.

Ser llenos del Espíritu en nuestro espíritu

Por eso, cuando Pablo se dirige a los Efesios, lo hace de una manera muy sencilla, y les dice: “... *sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*” (Ef. 5:18-20). Es así de sencillo. Esto era lo normal entre los santos, no era algo extraordinario.

Hablando con Salmos, himnos y cánticos espirituales

¿Cómo podemos ser llenos del Espíritu? Hablando entre nosotros con Salmos, himnos, y cánticos espirituales. Hablar entre nosotros significa tener comunión unos con otros. Cuando nos vemos y hablamos, debemos tener este tipo de comunión. Muchas veces, cuando hablamos, lo único que hacemos es intercambiar información. Nos preguntamos unos a otros: “¿Sabes qué le pasó al hermano tal, etc.? Pero aquí nos dice que hablemos entre nosotros con Salmos, himnos y cánticos espirituales. Ese hablar es diferente a intercambiar información. Es un hablar que está basado en la Palabra de Dios. Los Salmos son la Palabra de Dios, muchos de nuestros himnos están también basados en la Palabra del Señor, y los cánticos espirituales son normalmente el resultado de nuestras experiencias con el Señor, de hermanos que han experimentado al Señor, lo han disfrutado y

lo han escrito de una manera bella, dando como resultado un cántico. Qué maravilloso es cuando tenemos comunión unos con otros usando la Palabra del Señor y cuando la base de nuestra conversación son todas las experiencias que hemos tenido con nuestro Señor. Si la Palabra del Señor mora en nosotros ricamente, como dice en Colosenses 3:16: “*La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, ... cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales*”, cuando nos reunamos o visitemos, esa palabra fluirá entre nosotros. Nos hablaremos unos a otros con la Palabra. No es tan complicado, ya está escrita, solo tenemos que ir a ella y llenarnos de ella, leerla, comerla, beberla, de esta manera, cuando hablemos entre nosotros, la Palabra, que es Espíritu y vida, fluirá de nosotros a los hermanos, y de los hermanos a nosotros, y seremos llenos del Espíritu Santo. La Palabra es muy preciosa, dejemos que nos llene. La Palabra también es inagotable. Es como un pozo de agua viva. Cada vez que vamos a ella sacamos algo nuevo. La Palabra no deja de sorprenderme: a veces leo un versículo y lo disfruto, y después de unas semanas o unos meses, vuelvo a leer el mismo versículo y nuevamente hay algo nuevo en él. ¿Cómo es esto, si ya lo conocía? Porque la Palabra es viva. Siempre que vengo a ese pozo de agua, saco agua viva, fresca, y al beberla y disfrutarla, rebosa de mí, y así, cuando me reúno con los hermanos hace que seamos todos llenos del Espíritu.

Cantando y alabando al Señor en nuestros corazones

Después dice: “*Cantando y alabando en vuestros corazones...*”. Si queremos que esa Palabra no solo permanezca en nuestro espíritu, sino que llene todo nuestro ser, una manera muy práctica y maravillosa es cantarla. Cuando cantamos la Palabra del Señor, rebosa de nuestro espíritu y va llenando y saturando nuestra mente. Al cantarla, la Palabra se expande a todo nuestro ser.

En estos días hemos hecho algunos cánticos basados en la Palabra del Señor. Uno de ellos es sobre Proverbios: “Confía en Dios con un corazón humilde, y no te apoyes en tu inteligencia...” (Prov. 3:5-6). Durante el día, una y otra vez venía a mí esa canción, y ya no solo estaba en mi espíritu o en mi boca, sino que estaba llenando mi mente. Puedo decir que en este tiempo atrás pasé por situaciones complicadas en el trabajo; y a veces, uno se desespera. La primera reacción es quejarse al Señor y decirle: “Señor, ¿por qué?”. No ves ninguna solución. Pero en esos momentos, el Señor me recordaba una y otra vez esa canción: “Confía en Dios...”. Y también otra:

“Agradar a Dios sin fe es imposible...” (Heb. 11:6). En los momentos en los que le decía al Señor: “¿Señor, cómo puede ser esto así?, y, ¿por qué no hay solución a este problema, ni veo la manera de salir de esta situación?”, el Señor me volvía nuevamente a esta canción: “Agradar a Dios sin fe es imposible...”. Al final, en vez de quejarme al Señor, empezaba a alabarle: “¡Aleluya! ¡Gracias, Señor, confío en Ti! Mi fe está puesta en Ti”. Por eso la Palabra dice que seamos llenos del Espíritu cantando y alabando al Señor en nuestros corazones. Cuando dejamos que la Palabra del Señor more ricamente en nosotros y llene todo nuestro ser, somos llenos del Espíritu y automáticamente podemos alabar al Señor, y darle gracias.

Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo

La Palabra sigue diciendo: “*Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre....*”. El resultado de ser llenos cantando y alabando al Señor es darle gracias. ¡Gracias, Señor por mi trabajo! Eso no quiere decir que algo haya cambiado en el trabajo, quizás siga igual, pero dentro de mí hay un corazón agradecido al Señor. Es fácil darle gracias al Señor cuando todo va bien y es maravilloso. Si nuestro trabajo fuera extraordinario, si nuestros hijos y familiares estuvieran alabando al Señor en las reuniones, si todas las circunstancias a nuestro alrededor fueran extraordinarias, entonces diríamos: ¡Gracias, Señor! Pero el camino es al revés. Debemos darle gracias al Señor con un espíritu de fe. Darle gracias al Señor de antemano, y decirle: “¡Gracias, Señor, por mi trabajo, por mi familia, por mis hijos, por esta circunstancia, etc., gracias por lo que has hecho! Por eso dice: “*Dando siempre gracias en todo*”. ¿Crees que hay algo por lo que no puedes darle gracias al Señor? Si no le damos gracias es porque no tenemos un espíritu de fe. Darle gracias significa que creo en lo que el Señor ha provisto para mí, que creo en Su Palabra, en Su promesa, y no solo lo creo, sino que lo acepto, y le digo: “¡Gracias!”. A veces no es fácil, porque quisiéramos que cambiaran las situaciones, pero cuando damos gracias siempre al Señor en todo, aceptamos la voluntad de Dios para nosotros. Estoy diciendo: “Amén”, a la voluntad de Dios. No solo lo acepto, sino que estoy agradecido a Él por ello, es mi porción, es mi gracia, lo que Él ha provisto para mi vida. Entonces somos llenos del Espíritu Santo, somos llenos de esperanza y de fe. Y además, esa fe está sustentada en el nombre victorioso y poderoso de nuestro Señor Jesucristo.

Llenos con el Espíritu en nuestra mente y alma para tener una iglesia santa y gloriosa

Cuando somos llenos por completo del Espíritu, Él toma nuestra mente, nuestra vida, y controla todo nuestro ser, nuestro vivir; llega a ser el espíritu de nuestra mente (Ef. 4:23). Cuando el Espíritu llena todo nuestro ser somos santificados. Ser santificados es ser llenos del Espíritu Santo. Hay miles de libros y conferencias sobre la santidad, pero de una manera muy sencilla podemos decir que la santidad es ser llenos del Espíritu Santo. Y el resultado de esto es que el Señor obtiene una iglesia santa.

Santificada y purificada por el lavamiento del agua por la Palabra

En Efesios 5, sigue diciendo: *“Una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha”* (Ef. 5:27). Eso quiere decir que Él quiere llenar y saturar Su iglesia con Su Espíritu Santo. Para Él lo importante no es que la iglesia haga muchas cosas externas, muchas obras, sino que esté llena de Su plenitud.

“Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Ef. 5:26). Para llenar un vaso, a veces, hay que vaciarlo de lo que tiene, tiene que ser vaciado, lavado y limpiado. El Señor quiere una iglesia que sea santa, que no tenga mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que esté llena de Él. ¿Cómo efectúa esto? Una vez más, el Señor usa una manera muy sencilla: el *lavamiento del agua por la Palabra*. Como hemos dicho, Él es un río de agua viva, y ese río de agua está hoy limpiando Su iglesia a través de la Palabra. Esta Palabra aquí, en griego, no es exactamente la misma a la que nos hemos referido antes, “Logos”, la Palabra escrita, sino “Rhema”, la Palabra hablada, la Palabra viva y continua del Señor por medio del Espíritu Santo para nosotros. Esta Palabra es la que recibimos cuando venimos al Señor y estamos en comunión con Él. La que Él nos habla. Esta es la Palabra que hoy está limpiando, lavando y santificando Su iglesia. Por un lado tenemos la Palabra escrita del Señor a la que podemos venir en cada momento, y podemos disfrutarla, comerla, cantarla, y hasta hacer himnos con ella; y por otro, tenemos la Palabra viva actual del Señor que nos está hablando personalmente y a las iglesias (como vemos en Apocalipsis). Cuando le abrimos nuestro ser por completo

al Señor y Él nos habla, Sus palabras actúan como un río de agua viva que va fluyendo en nosotros y va limpiando las manchas, e incluso va quitando las arrugas y todas las cosas semejantes. Su Palabra, por un lado, limpia, y por otro, renueva y rejuvenece. Por supuesto, esto no sucede de un día para otro, requiere que vengamos continuamente a Él, oigamos Su voz y dejemos que actúe en nosotros siendo obedientes a ella.

El Señor quiere una iglesia santa. Él no va a permitir en Su iglesia, ni el pecado, ni ninguna cosa natural. Él tampoco quiere una iglesia “con arrugas”, envejecida, que solo siga las viejas tradiciones y la religión. Él quiere una iglesia viva, rejuvenecida, joven, y por eso Él le está hablando continuamente. Él nos habla a cada uno en particular y como Cuerpo.

Ese hablar vivo, directo, continuo, actual del Señor es como un río de agua que puedes tomar en cada momento. Ese hablar santifica a Su iglesia. Por eso, seamos obedientes a Su hablar, y dejemos que nos limpie, nos rejuvenezca y que quite de nosotros todo lo que le estorba. Y no solo quite, sino que añada Su naturaleza santa, Sus virtudes maravillosas, Su humanidad perfecta. Cuando somos llenos de Su humanidad, de Su naturaleza y de Su vida, entonces, la iglesia tiene una expresión gloriosa, y manifiesta la gloria del Señor.

Gloriosa – Reflejando la gloria del Cristo resucitado glorioso

“A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa...” (Ef. 5:27). Por eso, el Señor nos dice en estos versículos que Él se quiere presentar a Sí mismo “una iglesia gloriosa”, una iglesia que está tan llena del Espíritu de gloria, que expresa y refleja en su rostro Su naturaleza, Su vida y todo lo que Él ha forjado en ella. La expresión de Su imagen es la gloria de Dios. Esta es la iglesia gloriosa que Dios quiere y que Dios ama.

El Señor no nos dice aquí que desea una iglesia que sepa hacer muchas cosas, muchas obras, ni siquiera que sepa predicar muy bien el Evangelio; aunque, por supuesto, es muy importante que prediquemos el Evangelio; tampoco que tengamos unas reuniones muy bien organizadas y muchos grupos de servicio, una iglesia con muchas capacidades, muy dotada en muchas cosas, sino una iglesia gloriosa, que exprese Su gloria, que exprese el Espíritu Santo que está en ella y la satura. Incluso, hablando con propiedad, aquí no dice que quiere una “iglesia espiritual”, aunque, por supuesto que la iglesia tiene que ser espiritual, sino una “iglesia gloriosa”. Tampoco dice que quiere una “iglesia vencedora”, aunque, por supuesto, todos queremos ser vencedores, y Él quiere una iglesia vencedora, pero por

encima de todo, Él quiere presentarse a Sí mismo una “iglesia gloriosa”, todo lo demás son añadidos.

La gloria en la iglesia es la belleza del Cristo resucitado y glorioso expresada en ella. Todo lo que Él es, Su naturaleza santa, se refleja a través de ella. Realmente podríamos decir que una iglesia gloriosa es una iglesia bella, preciosa, bonita, que refleja en Su rostro la belleza del Señor.

Cuando buscaba una hermana en el Señor como esposa, no miraba que supiera cocinar, que supiera planchar o hacer las labores de la casa muy bien, sino que fuera una hermana muy guapa, la más bonita, la más bella de todas, tanto interior como exteriormente. De igual manera, el Señor no está buscando una iglesia que sepa hacer muchas cosas, sino una iglesia gloriosa. Esa es la iglesia que el Señor ama, por la que el Señor se ha dado, muriendo por ella. Tanto la ama que ha ido a la cruz y se ha sacrificado por ella. Por eso, hoy, en nosotros debe haber ese mismo amor por Su iglesia, Su iglesia gloriosa, que expresa todo lo que Él es.

Cristo amó a Su iglesia y se entregó por ella

Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella (Ef. 5:26).

Cristo amó a la iglesia y se entregó a Sí mismo por ella a fin de redimirla, pagando un precio muy elevado, Su propia vida. Su amor por ella no es un amor pasajero, es un amor que excede todo conocimiento.

A veces miramos atrás y vemos cosas que nos han sucedido, situaciones en las que nos hemos sentido defraudados o decepcionados por este o aquel hermano. Estas situaciones, a menudo, nos hacen perder el primer amor por Su iglesia. Nuestro amor por ella se enfría. Pero puedo testificar que, cada vez que voy al Señor con quejas sobre la iglesia, el Señor me dice: “¿Me amas? Apacienta mis corderos. Yo amo a Mi iglesia. Ámala tú como la amo Yo. Entrégate por ella como me he dado Yo”. El Señor ama Su iglesia. Este es un gran misterio. Pablo dice casi al final del capítulo 5 de Efesios: “*Grande es este misterio, mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*” (Ef. 5:32). Quisiera que nos fuéramos todos con un corazón lleno de amor por la iglesia, Su iglesia gloriosa. Tenemos que verla como el Señor la ve: una iglesia que está llena del Espíritu Santo, con todas Sus virtudes, Sus atributos, Su naturaleza, todo lo que Dios es; esa es la iglesia que Dios ama, la iglesia que yo amo y que todos aquí amamos.

Ser llenos del Espíritu para una iglesia gloriosa